

[SIN ALIENTO]

AÑO 15 | NÚMERO 2 | VIERNES 17 DE ABRIL DE 2015



Buenos
Aires
Ciudad



DEL 15 AL 25 DE ABRIL / 2015

BAFICI

BAFICI
[17] CINE INDEPENDIENTE

PERÚ REVELADO

“Perú: Radiografía fílmica de un país” es un foco de doce películas que permite, desde múltiples y hasta secretas entradas, adentrarnos por la puerta de atrás a la historia no oficial del cine peruano.

NOTA DE TAPA

PERÚ: RADIOGRAFÍA FÍLMICA DE UN PAÍS

MEMORIA incandescente DEL PERÚ

John Campos Gómez, director del festival limeño Transcinema, seleccionó las doce películas que integran uno de los grandes focos de este Bafici. “Perú: Radiografía fílmica de un país” revisa las últimas cuatro décadas del país andino desde todos los ángulos: la denuncia, la ironía, el realismo, el autorretrato... Pero mejor dejamos que se los cuente el mismo John.



NOTA DE TAPA

► Amar el cine significa tomar a las películas como puntos de partida, como movilizadoras de inquietudes o conductoras de reflexiones, y que ello sea un ejercicio tan libertario que nos transforme.

Desde mi eje, considero que cualquier revisión histórica del cine peruano que obvie alguno de los títulos de esta radiográfica selección se ha privado del inquisidor placer de interpelar su propio contexto a través de las imágenes que ha dejado el tiempo. O se ha cortado el vuelo. Y es que las que comprenden “Radiografía filmica de un país” son películas que no se han ido, sino que cada vez se nos acercan más. Sorprende comprobar que al pasar el tiempo se han revelado como piezas representativas de su época, construyendo una memoria que se solidifica y que mantiene incandescente el recuerdo de lo que alguna vez fuimos.

El recorrido empieza cuarenta años atrás, en el campo, con un rostro: un primerísimo primer plano demoledor, donde estética y ética se entrelazan para convertirse en política. *Runan Caycu* (1973) abre con el dirigente campesino Saturnino Huilca que, en quechua, manifiesta la indignación que lo impulsa a emprender una infatigable lucha por sus reivindicaciones sociales. La película se completa con la crónica de esas demandas que ilustran una campaña que friccionó la siempre tensa relación entre el campo y la ciudad. El feudalismo peruano vivía sus últimos días.

Durante la convulsa década de los ochenta, que enmarcó profundas crisis políticas, económicas y sociales, aparecerían dos cortometrajes importantísimos que expondrían sus preocupaciones sociopolíticas en base a imaginarios contrastantes y contrapuestos: *Miss Universo en el Perú* (1982), del Grupo Chaski, y *Radio Belén* (1983), de Gianfranco Annichini. El emblemático colectivo denuncia la cosificación de la mujer en los concursos de belleza en contraposición a la condición humilde de la mujer peruana de clase obrera, mientras que Annichini hace una representación paralela de un ambiente de apariencia paradisíaca en la selva peruana con la emisión de un ameno programa de radio local que, entre líneas, enuncia un frágil estado de convivencia de la población. Varias décadas después, estas películas nos dicen que el Perú sigue siendo un país de supervivientes. Aunque la violencia parece estar fuera de cuadro, lo envuelve y somete todo.

Si bien *Del verbo amar* (1984), de Mary Jiménez, es también un documental performativo como los dos cortometrajes anteriores, lo es aún más autobiográfico. Sin embargo, el detalle fundamental que lo distingue de los demás films del ciclo es su perspectiva ensimismada e ingenuamente clasista. Esa mirada aburguesada con que Jiménez observa la Lima que no recordaba hacía siete años, cuando partió a Bruselas, no es prejuiciosa ni sentenciadora, mas sí extrañada, curiosa y, por supuesto, sensible. Un autorretrato que mira tímidamente una sociedad tan agrisada como agrietada.

Todo lo contrario a *Juliana* (1988), popular largometraje del Grupo Chaski, cuya representación política-social de la clase desplazada es mucho más aguda, penetrante y honesta que otras biempensantes estancadas en lugares comunes de lo bueno, lo malo, lo heroico y lo involuntariamente caricaturesco. Corría el primer gobierno aprista de Alan García, el de la superinflación económica y el del conflicto interno con Sendero Luminoso; todo escaseaba y había que resistir. Para afrontar los retos de la dura calle, la niña Juliana se disfrazaría de hombrecito para unirse a la pandilla de pequeños limosneros con revolución a posteriori. “Señora, más y más inflación: los precios se inflan y los platos se desinflan”, lamenta un niño en cuyo apesadumbrado parlamento se manifiesta el tono crítico del film y resume el final de una década tristemente inolvidable para todos los peruanos.

A poco de iniciados los noventa, el dictador Alberto Fujimori golpeó al país disolviendo el Congreso de la República. El Perú estaba, por enésima vez, sumido en una crisis política y la economía no estaba mejor. ¿Qué hacer ante ello? ¿Cómo evadir la realidad y asumirla al mismo tiempo? La optimista *Metal y melancolía* (1993), de Heddy Honigmann, responde con el retrato clasemediero más preciso de esa Lima noventera: cuando el taxi fuera el “fetiché” laboral de un grupo social adolorido pero no tan precarizado. En esos espacios públicos e íntimos a la vez como son las cabinas de taxis, Honigmann consigue un racimo de testimonios fascinantes de personas comunes pero emocionalmente generosas. Es increíble cómo un documental encargado para la televisión holandesa pudo convertirse en la representación sociocultural más fidedigna de un decenio. Indudablemente, *Metal y melancolía* es el documental peruano que seguirá creciendo con el paso de los años.

Como también lo hace *Días de Santiago* (2004), de Josué Méndez, que ostenta la brusca virtud de sacudirte hasta del más incipiente estado de aburguesamiento. En el momento de su estreno, reveló a su director como un talento que fue capaz de abordar la espinosa temática de las secuelas del conflicto interno con ruda sensibilidad e impasible aplomo, desmarcándose severamente del acercamiento superficial de otros cineastas peruanos de mayor recorrido, como Francisco Lombardi o Alberto Durant, que al día de hoy aún evidencian incapacidad para solapar su irrevocable sesgo clasista y mirada anodina en cada una de sus acartonadas películas. La inquietante primera película de Josué Méndez hace que salivar nos raspe de lo seco que deja la garganta. Tan solo por esa sensación de súbita desolación que agresivamente nos induce a reconsiderar qué somos y qué hacemos, es indispensable volver a ella.

Estrenada cinco años después, *Paraíso* (2009), de Héctor Gálvez, también me parece fundamental en la historia del cine peruano contemporáneo por motivos similares a los de *Días de Santiago*, principalmente en cuanto a la complejidad empática y humanista de varios detalles de la puesta en escena. El paraíso del título no es un calificativo irónico al territorio



baldío donde se ambienta la película, sino el anhelo que estimula las distintas acciones aspiracionales de los protagonistas. Es así que la elección de una árida locación acusa la condición desigualitaria de la Lima periférica, cuyos habitantes aún sufren las secuelas del terror que las generaciones nuevas aspiran superar lejos del polvo y las esteras. La dignidad de los personajes de Gálvez no responde a una culpable reivindicación social ni a un gesto de compasión cinematográfica, más bien es una incuestionable demostración de ética en el arte, de respeto hacia las personas, así estas sean de ficción o desconocidas.

Como se da en el cine de Juan Alejandro Ramírez, que es como una extensión poética del sentir de los desposeídos sobre los que reposa su mirada. Viajero infatigable, Ramírez intenta hallar en el *otro* un reflejo de sus propias inquietudes. Evoca a través de lo ajeno. En *Me dicen Yovo* (1995), film diario de su paso por Benín, reproduce la extrañeza que le provocó enfrentarse a una cultura tan distinta como lejana. De esa fricción, nace una película narrada en tono extraviado y quebradizo. *Solo un cargador* (2004) asume la doliente perspectiva de un cargador cusqueño ignorado por un sistema económico y racialmente jerarquizado; es una frágil película que convierte su indignación en una conmovedora exclamación de justicia. Por su lado, *Nadie especial* (2013) alza la voz en quechua para lamentar el desapego de las nuevas generaciones en negación a lo rural, a lo andino. Es una desesperanzada película que llora. Y también nos lo provoca.

Al igual que la musical y nostálgica *Lima bruja* (2012), de Rafael Polar, acaso la película más emotiva de todo el ciclo, que revaloriza el sonido elegante y orgulloso de las jaranas limeñas. Cajón. Guitarra. Callejones. Enfáticamente recomiendo guardar el invaluable documento musical que esta película regala y escucharlo domingos al mediodía. Hasta que empiece la siguiente serenata criolla.

Y así, antes de este punto final, debieran haber pasado cuarenta peruanos años. ◀

Por John Campos Gómez

▶ *Del verbo amar*

HOY, 18.00, San Martín 1

LU 20, 18.30, San Martín 1

COMPRAR ENTRADAS

▶ *Lima bruja. Retratos de la música*

HOY, 13.10, San Martín 2

MA 21, 22.00, San Martín 2

VI 24, 16.45, San Martín 2

COMPRAR ENTRADAS

▶ *Paraíso*

HOY, 14.30, Lugones

MA 21, 14.30, Lugones

COMPRAR ENTRADAS

▶ *Días de Santiago*

SA 18, 17.00, Lugones

JU 23, 17.00, Lugones

COMPRAR ENTRADAS

▶ *Miss Universo en el Perú + Radio Belén + Runan Caycu*

SA 18, 16.00, Malba

JU 23, 16.00, Malba

COMPRAR ENTRADAS

▶ *Metal y melancolía*

DO 19, 22.15, San Martín 2

MI 22, 22.00, San Martín 2

COMPRAR ENTRADAS

▶ *Juliana*

JU 23, 14.30, Lugones

COMPRAR ENTRADAS

▶ *Me dicen Yovo + Nadie especial + Solo un cargador*

JU 23, 17.00, V. Recoleta 1

SA 25, 12.00, V. Recoleta 1

COMPRAR ENTRADAS